

EL OTRO CINE FANTÁSTICO – UNA CHICA DESNUDA DENTRO DE UNA CAJA DE METACRILATO

¿Hasta dónde se nos permitirá fantasear, y qué nos faltará por ver, cuando todo lo hayamos visto? Mi generación, y probablemente también las siguientes, es la que más pornografía ha consumido de toda la historia de la humanidad. El cine erótico, que durante décadas ha ido evolucionando con la misma sociedad, se propuso materializar y darle forma finalmente a ese rincón de nuestras fantasías que la educación de la época se empeñaba en restringirnos. Está muy claro: Lo negativo vende, lo prohibido nos entusiasma y, como frente a toda prohibición se ha creado siempre una subcultura, la emergente corriente artística que se empeñaba en hacer accesible todo aquello que fuese obsceno terminó por convertirse en una muy rentable industria cinematográfica que recababa cifras millonarias por todo el mundo. A día de hoy el porno, que ni siquiera necesita letra cursiva o comillas para referirse a él, se ha convertido en una galaxia infinita por la que tenemos el privilegio de poder viajar sin límites, de forma gratuita e incluso a diario.

No soy precisamente amante de los artículos rigurosos y, como ya habrá quien escriba su opinión sobre el negocio, la vanidad, la silicona y los abdominales, me gustaría contaros a mi manera qué es aquello que considero la verdadera maravilla del Festival erótico de Barcelona, y es que ahora soy mayor, pero conservo un recuerdo imborrable de cuando asistí por primera vez a mis diecinueve años. Permitidme que os lo cuente, porque al fin y al cabo a todos nos gustan las anécdotas. Veréis, siendo adolescente, y con mi recién estrenado carácter insurrecto, me atreví a desafiar la opinión de mis padres cuando un viernes por la tarde compré dos entradas para ir al salón con un colega. Ahora me parece una gilipollez, claro está, pero entonces y a mi edad era algo verdaderamente transgresor y, como os decía, gozaba del fascinante atractivo que ostenta todo lo prohibido. Siempre que le cuento a alguien cuáles fueron mis primeras impresiones en el salón erótico les hablo sobre el encuentro entre realidad y fantasía que experimenté cuando encontré a la chica desnuda dentro de la caja de metacrilato. De aquellas estaba de moda el personaje femenino de Milla Jovovich en la película 'El quinto elemento', por eso tenían expuesta a una chica pelirroja desnuda, de piel pálida y completamente rasurada, encerrada en una urna transparente, jugando a darse placer con un consolador frente a la atenta mirada de todo el público que transcurría por el salón. Fue muy brusco e irreal, yo por lo menos no daba crédito a lo que veía. Recuerdo que al pasar por su lado no pude evitar mirarla directamente a los ojos y me supo hasta mal, claro, pero lejos de ofenderse por su desnudez la chica me sonrió de una forma tan cálida y tan cómoda que desde entonces no he podido olvidar aquel instante. Fue, digamos, adorablemente extraño.

No sé si logro transmitir con exactitud lo que llegué a sentir en aquel momento, pero desde entonces pude comprender que en aquel recinto podía suceder todo aquello que sólo pertenecía a mis fantasías clandestinas más privadas. Aquella tarde asistí a varios espectáculos que eran auténtico porno en vivo; descubrí que había tiendas de lencería que vendían todas aquellas prendas y juguetes que entonces sólo conocía a través de las películas... y si mal no recuerdo me parece que también vi a Conrad Son tocando con su grupo de *Thrash metal* llamado 'La polla de Nacho Vidal', jajaja. Como los demás asistentes, me relajé entre una multitud de personas que estaban viendo todo aquello con naturalidad... y ya de últimas, como a mis diecinueve pretendía ser un verdadero amante del riesgo, mi colega y yo nos pusimos a

la cola para participar en un *Gang bang* donde una estrella del porno americana se había propuesto batir el récord de follar con mogollón de pavos. Nos dieron una gorra y una máscara veneciana para ocultar nuestro rostro; me quedé en calzoncillos sobre un escenario y luego nos pusieron una pulsera de hilo en la muñeca donde aparecía un número escrito en una etiqueta. Yo era el ciento once, de vete tú a saber cuántos seríamos al final. Después de hacer cola un rato, te recibían unas tías guapísimas, arrodilladas y dispuestas para bajarte los calzoncillos, que te ponían un preservativo en el rabo y te hacían una felación (o mamada, como queráis) justo antes de que llegase tu turno para endiñársela a la estrella americana que si os digo la verdad nunca supe ni quién era. Pues bien, digamos que como no tenía muchas expectativas al respecto la cosa no salió según estaba prevista. Mi colega sí que salió al ruedo a torear, pero yo pinché por los nervios... y porque no me sentía demasiado cómodo mostrando mi desnudez frente a una turbamulta de ancianos pajilleros que grababan la escena con sus videocámaras. Al ver que no estaba demasiado motivado, la feladora (permitidme el término de cosecha propia) me miró a los ojos y pude comprender que estaba aconsejándome que lo dejase correr. Eso fue lo que hice. De todas formas, aquella noche del viernes salí de fiesta con mis amigos y mis amigas. A todo el mundo le conté lo que había hecho por la tarde y, cómo no, fliparon máximo conmigo. Ah, y sí, lo gracioso del asunto es que les conté toda la verdad, que me había quedado a media asta justo cuando el viento soplabá en mi favor, jajaja. ¡Qué más me daba, hostia, si ellos nunca se habrían atrevido a hacer lo mismo que yo hice!

Así pues, aunque hayan pasado veinticinco años, aunque dicen que el porno ya no es lo que era, aunque lo obsceno de antes ya no es lo obsceno de ahora y aunque parte de lo prohibido de entonces ha terminado siendo aceptado por la gran mayoría de la sociedad actual, he querido daros a conocer mi aventura porque pienso que, al igual que me sucedió a mí, el año próximo podría ser la primera vez para cualquier chaval con la mayoría de edad recién cumplida que esté deseoso de saltarse las normas que le imponen sus padres, llevar su curiosidad hasta el límite o simplemente chulearles a los mojigatos de sus colegas. Ya os digo, por mí que cumplan veinticinco años más ¡Y que viva el Festival erótico de Barcelona!

- Presidente supremo de Condiloma ediciones -